

MEMORIAS

del

Tercio de Montejurra

PGR SU CAPELLAN

Poliecarpo Cía Navascués



Imp. "La Acción Social,

Pamplona

1941

NIHIL OBSTAT:

Dr. Tomás García Barberena,
Censor.

Pampilone, 14 Januarii 1941

IMPRIMATUR:

(L. S.) Dr. J. J. Santander

Vic. Gen.

Ofrenda

A los centenares de Mártires, que en las filas apretadas del Tercio de Montejurra dieron su vida por Dios y por la Patria; a las Madres y Esposas, que lloran la ausencia irreparable del hijo y del esposo, triunfantes en la batalla de la tierra para volar al cielo, y sienten cabe el hogar caliente y acogedor el hueco frío que la juventud dejara un día para salvar los principios religiosos y los ideales patrióticos, dedican reverentemente este recuerdo

Los Autores.

INTRODUCCION

Aquellas cuartillas que escribiera con constancia durante todos los días de la campaña, vinieron un día a mis manos pecadoras: conservaban aún el hálito húmedo de que se impregnaran en el cajón obscuro donde las depositara después del licenciamiento. Las leí con avidez: sentí en sus rasgos irregulares la zozobra de los momentos álgidos de la batalla pasada o por venir: comprendí el esfuerzo de su autor, que en la crudeza de días aciagos o felices supo plasmar sus impresiones y legar en trazos sencillos la histórica gesta de sus amados Requetés.

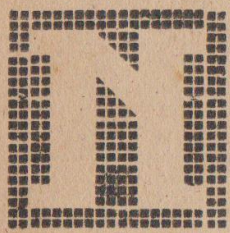
Y pensé: «El Tercio de Montejurra, su recuerdo, su presencia, no debe esfumarse con la victoria definitiva, como la niebla con el calor de los días abriños». Y pedí permiso a su autor para publicarlas.

He aquí las «MEMORIAS DEL TERCIO DE MONTEJURRA». Yo no he hecho otra cosa, que estimular al Capellán anónimo a que contara, no sus hechos que Dios ha de premiar, sino las proezas sin par de su Tercio de Requetés; vestir con el ropaje humilde de mi ingenua literatura y dividir la narración continua en capítulos y párrafos.

No ofrezco a los lectores una historia: ni busquen éstos

I

Cruzados. — Cuartel de Ingenieros. — Turismo bélico. — Sobre el suelo. — Guipúzcoa.



ADIE piensa en la muerte y sin embargo, los Requetés que se agrupan bajo el histórico nombre del Montejurra se preparan para ella, como si fueran lanzados hacia su cima como flechas despedidas por el tenso arco de la vida. ¡Cuán lejos la veían aquellos fornidos e ingenuos muchachones de la Ribera que se sentaban impacientes por los rincones del patio del Cuartel de Ingenieros en aquella tarde canicular del 18 de Julio!

Veinte Sacerdotes, jóvenes unos, maduros otros, cumplían su misión evangélica, mientras ansiosos esperaban el momento de lanzarse a la conquista del objeto deseado en alas del santo ideal, encarnado en el Movimiento salvador de la Patria.

Una fila interminable de Requetés de la Ribera se atornillaban a la silla: hubiera querido interrogarles, para escarbar en su corazón y saber la causa que los movía a confesarse con tanta ansiedad y devoción. No la muerte, que lejos de ellos estaba el pensar en dificultades y derrotas, muertes y quebrantos de la guerra que se iniciaba. Aquel millar de jóvenes que recibía la absolución de aquellos sacerdotes, que bajaban su mano cada vez más cansada de hacer la misma ritual ceremonia sobre la cabeza de los penitentes, se con-

lesaba para vivir, para triunfar, pero sobre todo, para hacerse dignos del triunfo, presentándose puros y merecedores de la victoria.

Los Cruzados del medio-evo, que con su cruz al pecho y su cabeza inclinada ante Pedro el Ermitaño, han sido pintados por pinceles creadores, os darán una idea aproximada de la figura de mis Requetés del Montejurra en aquella próxima preparación para futuras gestas. Sólo que la coraza acerada de aquéllos ha sido sustituida por la frágil medallita o el débil crucifijo prendidos junto al corazón; el casco de hierro por la roja y grácil boina carlista y la incómoda espada por la ligera y veloz bayoneta.

Cruzados aquéllos por mor de terrenas conquistas; Cruzados éstos en aras de conquistas imperiales del espíritu.

A mis pies se ha arrodillado un joven imberbe, de rostro curtido, mirada ingenua y corazón ardiente. Terminada la confesión, no he podido refrenar mi humana curiosidad y le he preguntado:

¿Cuántos años tienes?

Quince; me ha contestado. Y en aquel horno ardiente de entusiasmo no he querido arrojar un jarro de agua, porque sería incapaz de apagar ni siquiera una chispa de su fuego.

Detrás de él, inmediatamente, me ha pedido la absolución sacramental un hombre, moreno él, de pocas carnes, perdidas sin duda las que le faltan en el duro bregar del campesino ribereño.

Completaban su figura una nariz puntiaguda, nuez saliente, las manos callosas y la espalda un poco corvada. Su fervor religioso era fruto de su madurez. A mi pregunta habló él con la franqueza ingénita de los habitantes de nuestra Ribera.

Señor Cura, cuarenta años y diez hijos.

Nada repuse: Eleyé mis ojos, precursores del corazón, a Dios y abracé en un solo haz al joven de quince años y a este hombre de cuarenta; iguales ambos en el entusiasmo por el ideal de Dios, de la Patria y del Rey.

NO olvidaré jamás el cuadro, pleno de vida, que presencié aquel atardecer en el patio del Cuartel de Ingenieros de la ciudad de Pamplona. No eran los «quintos» que forzosamente se presentaban bajo el imperio de una orden militar de reclutamiento. No: eran los voluntarios, alegres y expansivos, que se arremolinaban en múltiples corros, miraban y estudiaban presurosos el manejo de sus fusiles, acomodaban el machete en su improvisado correaje, y se terciaban, jacarandosos y bullangueros, la manta, que la madre o la hermana les habían entregado al salir corriendo por la redonda puerta de su casa labriega en una despedida rápida y ardiente.

El nuevo Cuartel de Ingenieros, triste hasta entonces con la grisácea melancolía del cemento que cubre sus paredes y el color caki de los uniformes cuarteleros, se alegra y retoza con la algarabía señera de una nueva era y el color incitante y explosivo de las boinas bermejas de mis Requetés.

Suena el clarín: los Requetés ignoran el toque de guerra y tan sólo déjense guiar por el gesto imperativo de los «veteranos» y fórmanse delante del que va a ser su Jefe inmediato en la batalla.

Yo, frente a ellos, aun desconociendo las cualidades que caracterizan a un ejército perfecto, no dejaba de echar en falta la uniformidad en la vestimenta; y con una carcajada, apenas contenible, observaba la torpeza de todos los Requetés, la nerviosidad de unos y la pesadez de otros. Ni marcialidad, ni apostura, ni flexibilidad: los cuarenta años de mis Requetés no habían pasado en vano. Se esforzaban, sin duda alguna, en practicar las enseñanzas, que en días de persecución recibieran en la serranía de labios del entonces Coronel Rada o de sus delegados instructores: pero todo en vano. Entusiasmo, impaciencia, arrojo a raudales: elegancia, exhibición, teatralidad, ninguna.

No se trataba de una revista, sino de los preparativos de una marcha.

Las campanas saltarinas y alegres de los relojes de Pamplona

habían desllorado, uno tras otro, aquella flor un poco marchita de las siete de la tarde del 28 de Julio. El de la Audiencia había dejado flotando la última campanada en el ambiente saturado de emoción; entonces presentábase en el Cuartel un apuesto y garrido militar. Sonriente, afectuoso, con cara de niño y gesto de caballero. Vestía traje militar de campaña y pertenecía a la gloriosa Infantería española: era el Comandante Don Rafael García Valiño, nombrado Comandante Jefe del recientemente formado Tercio de Montejurra.

Con su mirada penetrante atrajo sobre sí la atención de los Requetés alineados: con un gesto impuso el silencio de las grandes solemnidades y habló: con la sencillez y galanura de un clásico, la arrogancia de un militar y la religiosidad de un Cruzado.

En las notas de mi diario no encuentro consignadas más que estas palabras: «fuego, ardimiento, ideal». El Comandante vibraba al unísono con sus bravos subordinados: sus palabras eran fuego que venía a engrosar la llama pujante que rebasaba el alma de los Requetés: el ambiente se caldeaba por momentos y todos eran un corazón ante el sublime ideal de la Religión conculcada, de la Patria escarnecida y del Rey desterrado.

La emoción embalsada fatiga y debilita; necesita el alma que se levanten las compuertas sensoriales, para que por ellas en un flujo y reflujo brote a torrentes la llama del ideal y se comunique al exterior.

El Comandante, erguido y marcial, lanzó los gritos de rigor entre los Requetés navarros: ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España!

Y una explosión atronó el espacio y un alarido de entusiasmo inundó el vacío y un grito esforzado y gigantesco dejóse oír, como si fuera un solemne juramento...

LLEGABAN los camiones; uno, dos, tres... y se detenían frente a la puerta custodiada del Cuartel. Los voluntarios, en alegre tropel, los asaltaban; querían todos ocupar el mismo camión; y los

que no habían podido lograr su intento al primer asalto, corrían con la misma impaciencia hacia el camión contiguo, realizando los mismos esfuerzos y derrochando las mismas energías tres y más veces, hasta que por fin se veían premiados con un reducido espacio en la plataforma del auto-camión que apenas correspondía a la tercera cubicación de su cuerpo.

Respondiendo a una orden se oye el monorrítmico rugir del primer camión que empieza a calentar lentamente su motor; los restantes imitan al piloto de la caravana y en breves instantes el grupo motorizado inicia majestuoso y señorial la marcha.

Plaza de Autobuses; Calle del Conde Oliveto; Avenida de San Ignacio; ¡Plaza del Castillo! Este lugar es un hito del Movimiento Nacional en España; el nombre augusto que invocan los primeros convertidos a nuestra Causa; es airón de leyenda; símbolo evocador de futuras gestas y venideras victorias. Durante aquellos días iniciales del Movimiento, en esa Plaza vivieron constantemente los «pamplonicas». No es extraño, pues, que a las nueve horas de aquella noche, cuando el sol cansino ya por la jornada de un día saturado de acciones y gestas se ocultaba tras los montes de Sarvil iluminando con rojizos resplandores las nubes que alfombraban el oriente, una compacta multitud, tocada airosamente con boina roja, recibiera con estentóreos vítores la presencia de los Requetés del Montejurra y los despidiera como en otra ocasión el pueblo Romano a las legiones mandadas por César, Pompeyo o Scipión el Africano.

Hasta ese instante la guerra no ofrecía riesgo alguno. Por la Avenida de Carlos III desembocamos en la carretera de Francia y la primera curva quebró el vínculo material que nos unía sensitivamente con aquellos leales pamploneses, que con la boina enarbolada en su mano derecha, los ojos lanzados en mirada ardorosa hacia el campo de batalla y su boca entreabierta con el rictus último de un ¡Viva! cordial, nos despedían a lo lejos y quedándose, nos acompañaban. Yo he vuelto a esa histórica Plaza del Castillo; ¡pero cuántos de mis Requetés no pisarán jamás su recinto!

• Mis Requetés no echan en falta el confort de los coches-camas

o de los «pullmans» americanos. Apretados en sus camiones; mirando todos a la periferia y sin casi poderse mover, manifiestan en sus rostros la sensación de comodidad.

Coged en vuestras manos una guía turística y veréis, sin necesidad de que yo os lo narre, las bellezas que en su primer viaje no pudieron gustar mis Requetés, porque la noche inexorable cubría ya con sus crespones toda la tierra. De frente, la luz de los faros nos descubría una línea de plata que robaba a la noche su terreno y en las curvas moría; a los lados, y al resplandor mortecino de unos focos polvorientos, palpé el entusiasmo de las mujeres del lealísimo pueblo de Villava, vacío de hombres encuadrados ya en los gloriosos Tercios de Doña María de las Nieves y Santiago. Arre, Oriáin, Ostiz, Olagüe; el plácido valle de Ulzama, con sus prados eternamente primaverales y sus casas blanquísimas de anchas puertas y altas solanas, donde el aroma del fresco heno se hermana con el olor de las manzanas extendidas por el suelo.

He dicho ya que mis Requetés son los más fuertes y vigorosos retoños de la Ribera: en esta primera jornada cantaban incansables:

No hay quien pueda,
No hay quien pueda,
Con la gente de la Ribera.

Alternaban los Himnos, las jotas varoniles, las melodías de San Fermín y las clásicas canciones de sus pueblos respectivos.

Pasadas las Ventas de Arraiz, los motores cambian el ritmo de su ronco trépido y pasan de un andantino movidísimo a un *allegro* lentísimo. A las dificultades del puerto tenemos que agregar la niebla gris, que vamos rompiendo con la proa de nuestro camión, como el leñador un bosque virgen.

A las dos de la madrugada del día 29 llegamos a Santesteban. Se reparte entre los Requetés el primer rancho, compuesto de salchichón y pan con un vaso de agua para los abstemios y para los bebedores. Muchos de mis Requetés jamás habrían sentido tanta dificultad para pasar en «seco» el pedazo de pan que tenían que comerse:

los gestos de aquellos merecieran ser copiados por el más consumado artista del teatro.

DORMIMOS, algunos por primera vez, en el santo suelo: no dejaba de ser una novedad, que como tal hacía imperceptible el sacrificio que realizábamos. Y cuando el sol nos anunció con sus rayos precursores su inminente aparición en el escenario del mundo, reanudamos la marcha comenzada en Pamplona, iniciando un pasco matinal, deliciosamente encantador, por Sumbilla, Yanci, hasta Lesaca. Aquí abandonamos los camiones. Llueve con la pesadez lenta y molesta de nuestras montañas; sin embargo esto no impresiona a los ribereños. Para las diez de la mañana el azul del cielo se ofrece generoso a nuestra vista y el sol despeja las últimas nubes acuosas que cubren como mechones de lana las altas cabezas de nuestras montañas.

La consigna dada es, llegar al atardecer al pueblo guipuzcoano de Oyarzun: avanza la mañana como atada al carro triunfal de Febo y con ella nosotros. El calor es verdadera y auténticamente estival, mas la pendiente suave y el sendero umbroso. La marcha se caracteriza por una lentitud calculada y matemática, mirado el término del viaje.

En Erlaiz descansamos para tomar un poco de alimento, frente al Cuartel de Carabineros. Entre bocado y bocado, cuando las mandíbulas descansan y suspenden la música que producen los dientes, percibimos el bronco ruido de la guerra que todavía no conocemos, que jamás hemos experimentado. El rugido del cañón, el tableteo de las ametralladoras y el paqueo de los fusiles que cumplen su misión civilizadora en el sector de Oyarzun, llegan en eco lejano a nuestros oídos.

En muchos voluntarios ha causado impresión la primera mueca trágica de la cercana pelea y quieren superarla cantando:

«Por Dios, por la Patria y el Rey
Lucharon nuestros Padres;
Por Dios, por la Patria y el Rey,
Lucharemos nosotros también».

y paladean esta última frase, como queriendo sugestionarse hondamente ante el incipiente temor y la dura realidad.

FRENTE a la Peña de Aya, atalaya perenne que con sus 816 metros de cota vigila la frontera y divide Navarra de Guipúzcoa, atravesamos la línea divisoria. A las cinco de la tarde entrábamos en Oyarzun. El enemigo percatóse de nuestra presencia, pues desde el fuerte de San Marcos comenzó a hostigarnos con disparos múltiples de artillería de diversos calibres. No hubo bajas en nuestra columna, a pesar de la reducida distancia que nos separaba de las baterías.

Abrazos, saludos, vítores y entusiasmo. Las boinas rojas que de la ciudad llegan sin arruga alguna y con el color incitante, saludan a los boinas rojas desvaídos de color por el sol de varios días de campaña y arrugados por el duro bregar de los primeros eslabones de la Cruzada. ¡Tercios de Lácara y de Navarra! Veteranos ya para los Requetés del Montejurra, no iniciados todavía en el acre olor de la pólvora incendiada, en el vértigo de las cargas a la bayoneta y en el rojo burbujear de la sangre derramada.

Mis Requetés escuchaban con respeto las hazañas de los veteranos llevadas a cabo en dos días de campaña; la derrota infligida a una columna de carabineros y guardias de asalto; la conquista de cuatro camiones blindados, en uno de los cuales descansaba, *tímido y cobarde*, el comandante rojo Garmendia. Y los admiraban en silencio. Yo, mirando sus ojos, veía nacer la santa emulación en sus corazones y parecía oír de sus labios la promesa que ellos hacían ante

el altar de Dios y de la Patria de morir, si fuese preciso, en la demanda.

En la noche se retiró el Tercio de Montejurra al barrio de Alcívar, en el que se montó un servicio estrecho de vigilancia. El día 30 se organiza un servicio de defensa del pueblo de Oyarzun para frustrar en su iniciación cualquier intento de los rojos-separatistas. La vida de campaña transcurre monótona hasta el día 12 de Agosto: únicamente se ve interrumpido el ritmo normal por los insistentes disparos que la artillería del fuerte de San Marcos continuamente lanza sobre nuestro presunto campamento. Ello no obsta para que mis Requetés sigan disfrutando de una santa alegría, mientras nuestros Jefes preparan la ofensiva sobre Irún y Fuenterrabía.

Todos los días ofrecemos el Santo Sacrificio de la Misa, al que asisten todos los Requetés del Montejurra y en gran mayoría participan del Banquete Eucarístico. Por la tarde rezamos con fervor el Santo Rosario. Mis Requetés, soldados del Ideal, no podían olvidar a aquel gran Caballero de Loyola, soldado del Emperador y Capitán del Ejército de Cristo: solemnizamos su fiesta, el día 31 de Julio, celebrando una Misa cantada. En la explanada se hallaban cerca de dos mil Requetés, con el pecho caldeado, el brazo en disposición de lucha, y el alma ofrendada al Dios de los Ejércitos.

«Y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad», decía el Sacerdote, terminando la Santa Misa. Aquel intrépido Coronel del Tercio Africano, que hasta ese momento pretendía olvidar su arrogancia, rodilla en tierra y la cabeza humillada, se adelanta con la cabeza erguida, el gesto marcial y la mirada penetrante. Mis Requetés contienen la respiración; es un momento de expectación: el Coronel Beorlegui habla. Y su voz de guerrero curtido en cien batallas conmueve las entrañas de aquellos inexpertos soldados, y su voz de patriota, más de una vez sacrificado, pulsa con violencia la cuerda sensible de aquellos paladines de la Hispanidad, y los gritos religiosos de aquel católico militar, aceleran los impulsos heroicos de mis Requetés, que incorporaron al Movimiento el simbólico y realista grito de ¡Viva Cristo Rey!

II

Picoketa --El asalto primero.—La 2.^a Ban-
dera. — Castillo de Pagogaña. — Un paso
más. — Segundo intento. — San Marcial,
— — ¡nuestro! — Gracias. — —

el altar de Dios y de la Patria de morir, si fuese preciso, en la demanda.

En la noche se retiró el Tercio de Montejurra al barrio de Alcibar, en el que se montó un servicio estrecho de vigilancia. El día 30 se organiza un servicio de defensa del pueblo de Oyarzun para frustrar en su iniciación cualquier intento de los rojos-separatistas. La vida de campaña transcurre monótona hasta el día 12 de Agosto: únicamente se ve interrumpido el ritmo normal por los insistentes disparos que la artillería del fuerte de San Marcos continuamente lanza sobre nuestro presunto campamento. Ello no obsta para que mis Requetés sigan disfrutando de una santa alegría, mientras nuestros Jefes preparan la ofensiva sobre Irún y Fuenterrabía.

Todos los días ofrecemos el Santo Sacrificio de la Misa, al que asisten todos los Requetés del Montejurra y en gran mayoría participan del Banquete Eucarístico. Por la tarde rezamos con fervor el Santo Rosario. Mis Requetés, soldados del Ideal, no podían olvidar a aquel gran Caballero de Loyola, soldado del Emperador y Capitán del Ejército de Cristo: solemnizamos su fiesta, el día 31 de Julio, celebrando una Misa cantada. En la explanada se hallaban cerca de dos mil Requetés, con el pecho caldeado, el brazo en disposición de lucha, y el alma ofrendada al Dios de los Ejércitos.

«Y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad», decía el Sacerdote, terminando la Santa Misa. Aquel intrépido Coronel del Tercio Africano, que hasta ese momento pretendía olvidar su arrogancia, rodilla en tierra y la cabeza humillada, se adelanta con la cabeza erguida, el gesto marcial y la mirada penetrante. Mis Requetés contienen la respiración; es un momento de expectación: el Coronel Beorlegui habla. Y su voz de guerrero curtido en cien batallas conmueve las entrañas de aquellos inexpertos soldados, y su voz de patriota, más de una vez sacrificado, pulsa con violencia la cuerda sensible de aquellos paladines de la Hispanidad, y los gritos religiosos de aquel católico militar, aceleran los impulsos heroicos de mis Requetés, que incorporaron al Movimiento el simbólico y realista grito de ¡Viva Cristo Rey!

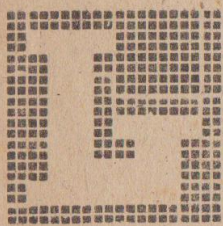
II

Picoketa --El asalto primero.--La 2.^a Ban-

dera. -- Castillo de Pagogaña. -- Un paso

más. -- Segundo intento. -- San Marcial,

-- -- ¡nuestro! -- Gracias. -- --



A arenga de nuestro Coronel no podía ser sino preludio de una victoria proporcionada.

El día 4 de Agosto, mientras nosotros guarnecíamos Oyarzun, el enemigo realizó una filtración por la parte del fuerte de Erlaiz, consiguiendo cortar parte de nuestras comunicaciones vitales con Navarra. Produjo contrariedad en el Mando de nuestra columna, el que proyectó inmediatamente la operación tendiente a deshacer por completo la incipiente maniobra de nuestros adversarios. Para dar este golpe de mano son designadas dos Compañías del Requeté Navarro: una perteneciente al Lácar y otra al Montejurra.

Los caseríos de Picoketa servían de guarida para los foragidos que nos amenazaban constantemente por la espalda. El día 11, por la tarde, se piden voluntarios. A una orden, las dos Compañías avanzan. La noche sigue imperturbable la ruta periódica que el sol en su ocaso le señala: solamente se oye el ruido de los Requetés que en silencio ascienden por la montaña. Cuando la luna, al esconderse, nos roba prematuramente el último reflejo del sol ausente, y en el reloj de mi bolsillo van a marcar las 12, llegamos cautelosamente a la cumbre. El Coronel Beorlegui y nuestro Comandante han pros-

cindido para realizar con éxito esta escaramuza de sus briosos corceles.

Frente a nosotros y mediando un espacio aproximado de doscientos metros se hallan los caseríos de Picoketa, en donde se guarecen los rojos e impiden el paso tranquilo de nuestros convoyes. Conteniendo la respiración y mordiendo nuestras lenguas, esperamos. Al débil resplandor de la luna que agoniza seguimos con la vista una y otra vez la silueta del centinela rojo, que distrae su aburrimiento e impaciencia con un nervioso ir y venir, fusil al hombro. Por las ventanas y puertas entreabiertas del caserío custodiado, se escapan las notas desacordes de un bailable moderno y los gritos báquicos de la milicianada que se regodea, muy ajena al riesgo que les amenaza.

Las primeras horas del día 12 corren tan lentamente, cual grande es la impaciencia de mis Requetés por asaltar aquel reducto rojo-separatista. Nuestro Comandante frena sus ímpetus y estudia. Mientras tanto la algazara del caserío aumenta y el griterío de sus «defensores» se acerca al paroxismo.

ERAN las cuatro de la madrugada: un silbato rasgó el aire con su silbo estridente y un centenar de fusiles abrieron sus bocas humeantes y el centinela rojo interrumpió para siempre su mecánico paseo. La música dejó pendientes las notas de un pasaje sicalíptico y los gritos se apagaron sordamente en las gargantas de los danzantes. Sin permitirles reacción alguna después de la sorpresa, un oficial asaltó la casa blandiendo en sus manos sendas bombas de mano y conminó a los que en ella estaban a que saliesen uno por uno, con las manos levantadas.

Eran diez y ocho los «defensores»; carabineros, ferroviarios y algún joven de Irún, acompañados de dos mujeres, que no alcanzarían los veinte abriles.

El Coronel Beorlegui tuvo noticia del feliz éxito del golpe de

mano llevado a cabo con tan poco quebranto de nuestras fuerzas y se presentó inmediatamente para felicitar al Comandante y para interrogar personalmente a los prisioneros. Estos, convictos y confesos de haber sido ellos los que impedían con sus «pacos» nuestro normal aprovisionamiento, fueron condenados a muerte: algunos de ellos pedían suplicantes clemencia.

Mientras los Requetés se solazaban con las mieles del triunfo, saboreando por primera vez el lauro de la victoria, yo me encargaba de la triste misión de notificar a los diez y ocho condenados la sentencia definitiva. Soy sacerdote, y éste es un carácter del que no puedo ni debo prescindir en momento alguno. En los significativos y enérgicos rasgos que tracé de prisa en mi cuaderno en la noche del mismo día 12, destaca el acíbar que amargó en flor las primeras alegrías del triunfo.

Mi principal misión era salvar las almas de aquellos desgraciados: trabajé, cuanto humanamente pude; rogué a Dios para hacerle violencia: pero el terreno estaba pésimamente preparado y solamente cuatro condenados se plegaron a mis insinuaciones, ruegos y violencias. Los demás, al menos exteriormente, desconocieron a Cristo; y la piedra de escándalo fueron aquellas dos mujerzuelas, que blasfemando de Dios, el puño en alto y gritando ¡Viva Rusia! recibieron la descarga fatal.

Era la primera vez que auxiliaba a unos ajusticiados: y era la primera vez que encontraba una alma que se atreviese a resistir a la gracia. La victoria quedó olvidada por la honda huella que este suceso tristísimo dejó en mi alma.

EL camino quedaba expedito, las comunicaciones libres y los transportes factibles. Regresamos inmediatamente a Oyarzun. Por la tarde llega una Bandera de la Legión Extranjera con el fin de preparar la ofensiva contra Irún. La animación, con este motivo,

aumenta, y el ejército del Norte se une, siquiera espiritualmente, con el Ejército de Africa que avanza arrollador y pujante por las llanuras y sierras de Extremadura. Es la 2.^a Bandera de la Legión. Por sus componentes conocemos detalladamente los triunfos y las conquistas que han realizado; sabemos del asalto a Badajoz; de las brechas abiertas en las murallas inexpugnables de dicha ciudad, teniendo solamente los soldados españoles el pecho por coraza, el corazón por escudo y la melena desgñada y ondeando al viento por casco.

Pretenden los legionarios con la narración de sus azañas contagiar de su entusiasmo guerrero a los Requetés del Montejurra. ¡Ignoran quienes sean, pues no les han visto y admirado luchar las batallas del ideal! Pronto verán aquellos heroicos legionarios de Badajoz, qué puntos calzan los del Montejurra en la batalla cercana de San Marcial.

CUANDO escribía mis notas, desconocía por completo el plan general y definitivo de nuestro Mando; únicamente sabía que el Fuerte de Erlaiz y el Castillo de Pagogaña constituían los dos bastiones extremos de la primera trinchera enemiga que teníamos que superar. Después supe que Pagogaña nos conducía a Irún, meta final de nuestros esfuerzos y del arte militar desplegado por nuestros Jefes.

La sorpresa caracterizó la operación sobre Picoketa; sorpresa no exenta de sabios recursos militares y cautelas propias de un jefe capacitado. En cambio, la que se proyecta, ofrecerá la oportunidad de que ambas fuerzas enemigas, la de España y la de la anti-España, midan la extensión de sus bayonetas en un cuerpo a cuerpo preliminar y preparatorio.

En las horas postreras del día 14 hemos salido de Oyarzun: a las dos de la madrugada acampamos en el caserío Picoketa. Es el día 15 de Agosto, festividad de la Virgen. Al despuntar el alba se

celebra el Santo Sacrificio de la misa y comulgan casi todos los Requetés, a excepción de aquellos, que por necesidades del servicio, se vieron impedidos de dar pábulo a su devoción eucarística.

Una Compañía del Montejurra, mandada por el Capitán Lacalle, es la encargada de romper la primera línea fortificada de los rojos, con la ayuda y protección de tres Compañías del Regimiento de América y dos del Tercio de Lácar. Ni la reducida extensión del terreno donde tenemos que operar, ni el limitado contingente de soldados con que se cuenta, permiten que sea mayor el número de protagonistas heróicos de esta primera lucha de épicos acentos. Los Coroneles Beorlegui y Ortiz de Zárate dirigen prudencialmente todos los preparativos y se mezclan, como un soldado más, entre los boinas rojas del glorioso Montejurra.

A las siete de la mañana abandonamos nuestro breve campamento. El sol blanquea con sus potentes rayos todos los objetos, que contrastan con el azul de un cielo esplendoroso, no opacado por la brillante luz oblicua del astro rey. La mañana presagia un día perfectamente agosteño y el ambiente, luminoso de sol, fresco de los prados rociados por el hálito matinal, e incierto ante la novedad y el esperado éxito, contagia a nuestros Requetés. En grupos reciben en las alturas las primeras caricias del sol, y en los valles el refrigerio del camino sombrío, y manotean y cantan, auguran y preven, todos la victoria en la vida, ninguno el triunfo con la muerte.

Media hora más tarde nos colocamos a tiro de fusil del Castillo de Pagogaña, que de sus airosos torreones, rosales perennes, despide suaves efluvios de secular tradición. Albergue en otro tiempo del Cura Santa Cruz, hoy, objetivo de los Carlistas del siglo XX: descanso para aquél, meta en este día de los esfuerzos del Tercio Montejurra.

A las once, nuestra artillería inició sus disparos de aproximación y preparación; ésta duró por espacio de media hora. Mientras tanto, nosotros, agazapados y buscando elementos protectores, fuimos aproximándonos al enemigo al socaire de la niebla que cubría la montaña toda y nos defendía providencialmente de los tiros inciertos de los

rojo-separatistas. La operación había dado comienzo con inesperada facilidad y halagüeño suceso.

Cuando hubimos alcanzado cierta altura en la montaña y nuestra proximidad al enemigo era para éste alarmante y para nosotros peligrosa, vimos el azul del cielo y a nuestros pies las nubes que habíamos traspasado. El sol descubre nuestra posición; y nuestro Jefe adopta resueltamente la actitud menos arriesgada: ¡el asalto inmediato a las trincheras! Es decir, sorpresa sin posible reacción y rapidez en nuestros movimientos, para alejar toda lentitud, propicia siempre a los temores, indecisiones y derrotas...

La orden de asalto se cumple sin titubeos: se maniobra a la vista del enemigo que resiste y nuestra línea de ataque interrumpe su continuidad humana merced a la acción fusilera de los milicianos rojos. El ataque y la defensa se prolongan durante varias horas: nosotros sufrimos bastantes bajas: en lo más duro de la refriega nuestro Coronel Ortiz de Zárate cae malherido. Mas quedan en nuestro poder el Castillo de Pagogaña, a donde entramos a las cuatro de la tarde, y el cuartel de carabineros de Erlaiz. La primera línea fortificada ha sido dominada por los Requetés del Montejurra y a sus pies contemplan en lontananza, mejor dicho adivinan, Enderlaza, San Marcial, bastiones defensivos de la ciudad de Irún.

Por la noche de ese mismo día, glorioso y triunfal, nos relevan de las posiciones conquistadas y descendemos a Oyarzun, llevando en nuestros pardos trajes los vestigios imborrables de una reciente lucha, sangre, pólvora y lodo... En el Hospitalillo improvisado me place pasar la noche junto a los heridos, algunos de ellos moribundos. Me olvido por breves instantes del fragor de la batalla, que algunas veces arrastra al Capellán en su vértigo arrollador, y pienso únicamente en mi carácter sacerdotal, símbolo del amor, del sacrificio. Atiendo a los heridos que mañana serán trasladados a Lesaca y asisto al Santo Viático administrado al malogrado Coronel Ortiz de Zárate. ¡Victoria que tanto cuesta!

DESDE el día 15 hasta el 31 de Agosto, descanso, recuperación de energías y servicios de vigilancia. Una vez más abandonamos la plácida villa de Oyarzun, hoy alborotada con el griterío juvenil y bullanguero de los Requetés y soldados de España: caminamos hacia las líneas atrincheradas del enemigo establecidas en el Fuerte de San Marcial. El gesto de mis Requetés del Montejurra, que marchan como siempre, cantando, no tiene la ingenuidad y candidez pueril de la primera operación militar: la novedad ha dejado paso libre al acto consciente del guerrero que avanza hacia el peligro y la muerte en aras del deber, trágico, pero idealizado: su mérito, por lo tanto, ha alcanzado los quilates del oro en el crisol del sufrimiento experimentado.

Y el canto los anima.

Si nos preguntan ¡alto quién vive!
 Responderemos en alta voz
 Los voluntarios del Rey Don Carlos,
 Vivan los Fueros y Religión.

El itinerario nos es conocido. Lo recorreremos con tranquilidad, hasta llegar a las posiciones de Erlaiz. Mas cuando descendemos y nos internamos en los verdes pinares que rodean la Ermita, somos descubiertos por el enemigo, que empieza a hostigarnos fuertemente desde la costa de Fuenterrabía. Nos distanciamos instintivamente y nos movemos con rapidez para hurtar el cuerpo a la metralla de la artillería roja. Sin embargo tenemos que anotar algunas bajas, no obstante las precauciones tomadas rápidamente.

Mediada la tarde nos ocultábamos sigilosamente en los pinares mencionados, no sin que los rojos se dieran cuenta de nuestra situación y maniobra. La artillería enemiga y las ametralladoras rojas no dejaron de molestarnos durante el resto de la tarde y en toda la noche. Ellos temían y nosotros esperábamos; y esperando rezamos el

Santo Rosario al trasponer el sol las montañas negruzcas de un atardecer sombrío y muchos de los Requetés se acercaron a los Capellanes para abrir anchamente su corazón en el Tribunal de la Penitencia. Nos acostamos y soñamos despiertos en el miedo de los rojos, en el ruido infernal de la artillería, en el inconfundible silbar de los cascos de metralla, en el tableteo enervante de las ametralladoras y en la imposibilidad de que durmiéramos en medio de un concierto tan horrisono y discordante de voces e instrumentos.

El Tercio de Montejurra, debía maniobrar por el flanco derecho, mientras la 2.^a Bandera de la Legión, que había entrado en línea, apoyaría nuestro avance, lanzándose al asalto de las primeras trincheras, en donde haríamos contacto, para lanzarnos juntos a la ocupación del fuerte de San Marcial. Dos baterías de artillería ligera protegerían nuestros movimientos y por la carretera, en dirección de Behobia, se ponían en orden de batalla unas Compañías de Falangistas y soldados. Esta era la operación proyectada para el día uno de Septiembre: Monte Uriarte, la Puncha y San Marcial eran los tres hitos de la victoria prometida a los valientes.

Nos levantamos del suelo cuando el sol penetraba en los pinares bordando maravillosos encajes con sus puntiagudos rayos y construyendo con las verdes copas bóvedas llenas de arabescos luminosos, rosetones góticos y vidrieras medioevales. A las ocho de la mañana comenzamos a desplegar y maniobrar: por el flanco derecho descendemos al fondo del pinar con intención de atacar de frente las posiciones rojo-separatistas. A las nueve hacen su aparición en el cielo, completamente azul, cuatro trimotores nacionales que inician la preparación descargando sobre los rojos su «preciada» carga. A continuación las ametralladoras y fusiles de ambos bandos vomitan plomo a raudales en continuado e incésante tableteo.

El Montejurra se mueve muy poco y casi conserva las posiciones señaladas en el momento inicial de la operación, mientras los legionarios de la 2.^a, hacen cuanto pueden para alcanzar el objetivo prelijado: pero en vano. La resistencia enemiga, avalorada con una defensa natural inmejorable, se acrece y multiplica ante el persistente

ataque de nuestra infantería gloriosa. Se desliza la mañana sin conseguir los objetivos señalados: sin esperar a que nuestros soldados malgasten bravamente sus energías, se reúnen los Jefes, Beorlegui, Carbonell, Los Arcos y García Valiño y deciden cambiar los trazos principales de la maniobra proyectada. El próximo ataque abrirá en cuña el frente enemigo por el barranco que abre sus fauces al Este de la Ermita de San Marcial.

LA juventud que lleva sobre sus cabezas boina roja se ha forjado a golpe de martillo en el yunque mohoso de la adversidad y del sacrificio. Los del Montejurra, sin descanso sensible después de la operación fracasada en la mañana, se disponen en línea de combate a las dos de la tarde. La artillería situada en Alunda y Pagogaña, y la aviación que domina los aires, baten con encono las trincheras de los rojos: nosotros maniobramos con agilidad impropia de inexpertos infantes. Es rápido el zig-zag que describimos sobre los prados verdes, como si fuéramos rayos fulgurantes en el negruzco fondo de nubes tormentosas. Despliegan tres Compañías del Montejurra y son recibidas por tupida lluvia de balas enemigas.

La Legión, que opera a nuestra izquierda, asalta con su coraje proverbial las primeras líneas avanzadas de los rojos y se entabla un cuerpo a cuerpo indescriptible entre aquellos y los cenetistas de Irún y San Sebastián, que guarnecen dichas posiciones. Los Requetés apoyan los movimientos de la Legión por el flanco derecho y con igual denuedo alcanzan semejantes posiciones en el campo fortificado enemigo. Sufrimos algunas bajas: nuestro Comandante don Rafael García Valiño recibe un balazo en el pecho.

Hemos adelantado un poco en el camino del Calvario: cuando el sol declina y con sus tintes variados ofrece a los humanos lienzos y acuarelas que el pincel de Velázquez o Murillo no pueden pintar

salimós de la pesadilla de la guerra y nos damos cuenta de que la operación comenzada, no puede terminar. Arrojadados en el suelo nos protegemos del plomo enemigo y esperamos...—¡largos y terribles instantes!—, a que el sol deje de ser nuestro espía y las estrellas empiecen a brillar en el firmamento y tímidas a titilar sobre nuestras cabezas humilladas.

Entonces nos levántamos sin peligro: Mis Requetés fortifican las posiciones alcanzadas y yo atiendo con sosiego a los heridos en la dura refriega. En este momento puedo obtener una impresión conjunta sobre el éxito parcial de nuestra operación. La Legión ha vuelto a recordar las gestas de Allucemas y Badajoz, pero a costa de muchas bajas; por el sector del río Bidasoa y carretera de Enderlaza a Behobia se ha logrado avanzar con más profundidad: y como conclusión, brota pujante la esperanza de que mañana será más fácil la victoria total sobre el enemigo, más que nosotros quebrantado en este día primero de Septiembre.

Antes que intentar un sueño de sobresalto, se oye por las improvisadas trincheras el murmullo sollozante y quedo de las Ave Marías, que desgranán mis Requetés: debajo de las estrellas rutilantes, frente al enemigo que a pocos pasos ceba nuestros movimientos, más bien con la imaginación que con los ojos, nuestra devoción se exalta y adquiere acentos místicos. ¡Dormir! Es imposible: el aire quieto trae lentamente a nuestro campo los gritos desaforados y a veces procaces que un locutor rojo lanza frente al megáfono en audición continua. Dicen los técnicos que el fin primordial en la oratoria es engendrar la convicción en los oyentes. El orador de aquella noche oscura y siniestra desmentía rotundamente la afirmación de los retóricos, pues si intentaba convencer a los Requetés, solamente producía en ellos su perorata burlas, estruendosas carcajadas, contestaciones ingeniosas y chispeantes. Cuando se imponía el silencio, un Requeté de la Ribera remangaba su brazo en ademán dispuesto o disparaba al viento una jota, oportuna cual agua de mayo y picante como los pimientos de Lerín.

En Peralta, como hay agua
 Se crían buenos melones;
 Sandías y calabazas,
 Guindillas y pimentones.

NO hemos disfrutado de la inconsciencia que regala el sueño. A las dos de la madrugada hemos escuchado los gritos de «A mí la Legión» y en la densa obscuridad hemos visto los rasgos luminosos que trazaban en piruetas inverosímiles las bombas de mano y las balas de fusil. La 4.^a Bandera de la Legión, en un golpe de mano audaz, conquista otra sección de trincheras enemigas, así como los caseríos que con estas comunicaban. No podemos aspirar los aromas del triunfo, pero los presagiamos, al recibir en nuestros débiles parapetos una lluvia torrencial de balas que proceden del campo enemigo; temen quizá que los Requetés intenten simultáneamente igual sorpresa.

En las primeras horas del día 2 se hace cargo del Mando del Tercio de Montejurra el nuevo Comandante D. Julio Pérez Salas. A las diez de la mañana comienza la operación interrumpida el día anterior, con un asalto general a las posiciones del adversario, a cargo de todas las fuerzas colocadas en línea. No es una lucha de maniobra, de masas, de multitud: es una pelea singular, personal, cuya característica es el valor individual. Los rojos de pie en sus trincheras, enarbolando la bandera roji-negra del marxismo que ondulaba suavemente al viento cantábrico del mar, vomitaban metralla mortífera de sus fusiles y provocativos retos de sus infernales bocas contra los asaltantes. Era un enjambre alborotado e irritado ante el voraz incendio que amenazaba destruir sus panales.

Mis Requetés se encontraban por primera vez con las alambradas: ellos por un sector y los legionarios por el otro, las mellaron con sus dientes acerados y enfilaron la recta de la muerte o del

triunfo: impasibles ante el fuego enemigo y sólo atentos a vencerlo con fuego separado y a cumplir la orden y consigna dadas: ¡avanzar! La progresión es durísima y por consiguiente lenta: pero los Requetés son leones de España: de un salto llegan a las primeras trincheras enemigas y sostienen un fuerte combate a la bayoneta con los rojos que inútilmente las defienden. Monte Uriarte era rebasado por las tropas de España: la Puncha, cribada a balazos, se hallaba en situación desesperada: las vanguardias más valientes de la columna conquistadora galleaban junto a San Marcial.

La operación se ha rubricado con broche de oro: una compañía de Legionarios,—la audacia y el arrojo personificados—, han metido una cuña penetrante en el campo enemigo y los que resistían aún a los del Montejurra, se han visto ingratamente sorprendidos por la espalda. El entusiasmo de los triunfadores se ha sobrepuesto a los últimos ruidos de las explosiones y sus gritos han transmitido por todo el campo el mensaje de la victoria. Los rojos han intentado huir, pero en vano: para ellos el desastre ha sido terrible. Inmediatamente la legión ocupa la Ermita de San Marcial y Montejurra la loma situada al este de dicha Ermita, haciendo contacto de esta manera con la columna que avanza y se aproxima al importante punto fronterizo de Behobia. La tarde terminaba su carrera y la noche se acercaba con pasos monjiles a la palestra. Ramón Mayo, Requeté de Arguedas, imberbe, entró el tercero en San Marcial: tenía 16 años; era un Pelayo.

«**NUNCA** el soldado es más valiente, que cuando reza a Dios», ha dicho un General extranjero. Jamás olvidaré aquel momento feliz en el reloj de mi vida. Eran las once de la mañana: hora que un poeta de nuestros días ha cantado con humorismo pintoresco. El Capellán se adelanta dos pasos de la concentración: los Jefes presiden respetuosamente detrás y rodeando a éstos en semi-

círculo, Requetés, Legionarios, Falangistas, Infantes españoles. Pisamos el césped alfombrado de una loma ondulante; frente a nosotros el azul opalino del mar o el mapa de la Francia de Blum; y sobre nosotros, protegiéndonos y cobijándonos, la cúpula celeste de este mundo barroco y sobre ella la espadaña que en forma de aguja penetrante se clava en el emíreo...

¡Salve...! entona el Capellán y centenares de bocas se abren en un afán supremo de gratitud, protección y paz. No busquéis perfección en los cantores: buscad intención; las discordancias se armonizan en la alta bóveda; las estridencias singulares desaparecen arrastradas por el torrente bucal, que como la piedra en el río, forma circunferencias vibratorias inesperadas, abre cauces nuevos y saltando barrancos, atravesando montes, chocando unas veces con el eco, llevado otras cual vela ligera hinchada por el viento, aterra a los enemigos que lo oyen, admira a los franceses que lo escuchan y entusiasma a los soldados que lo producen.

Quien de tal modo reza, no puede menos de ser soldado valeroso.

«¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María!»: las almas se han unido en el cielo con el broche de la oración; y los cuerpos en la tierra se han estrechado en abrazo cordial y apoteósico. En Dios y en el triunfo patrio todos eran hermanos, unidos en el deseo que expresan los «Vivas» lanzados una y otra vez en tan patéticos instantes: ¡Viva Cristo Rey, Viva España!

La oración que nos pareció brevísima y el abrazo fraternal que resultó cortísimo, tuvieron lugar en medio de un imponente silencio. Ni la artillería, ni las ametralladoras, ni siquiera el fusil, quisieron interrumpir el coloquio de la tierra con el cielo y la comunicación de las almas entre sí.

La fuga de los rojo-separatistas prosigue cobardemente: el Puente Internacional, gris opaco, vése ennegrecido por la fila interminable de tráfugas que demandan protección en la vecina Francia, mientras dos hidroaviones galos vigilan desde el aire. Irún, la ciudad incauta, triste y desolada seste a nuestros pies. Por las chi-

meneas de sus casas adquieren su libertad las últimas briznas de humo nacido al calor próximo a apagarse del hogar abandonado: sus calles desiertas; sus balcones y ventanas, sentidos del alma hogareña, cerrados a la luz del sol y de la verdad. Junto a mí la Bandera bicolor agítase blandamente al suave hechizo de la brisa marina y despide un dulce susurro de sus pliegues forzados por el viento costero. La contemplo con delectación y me olvido de la estampa funeraria que ofrece la ciudad de Irún.

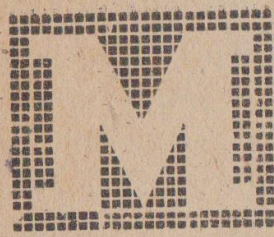
Los rojos que defendían San Marcial y su Ermita han huído, más bien en alas del miedo que del viento, que es menos veloz: sin embargo su escapada no es tan definitiva, que no intenten presentar una nueva, aunque inútil resistencia protegidos por el caserío de Behobia y los mausoleos del cementerio de Irún. ¡Prurito es de los rojos buscar protección en los lugares que habitan los muertos!

Durante la noche, las mieles del triunfo que rumiamos lentamente infunden intenso nerviosismo en nuestros párpados que no quieren cerrarse. El aire vaporoso que nace en el mar y que moja nuestros trajes e impregna nuestros poros de sal y de yodo; el abismo que presentimos a nuestras plantas y en el que toda oscuridad tiene su asiento y toda anarquía su imperio; las notas sueltas de una melodía de negros o de un parsimonioso vals de Straus que llegan a nuestros oídos desde las sodomíticas playas de la cercana Francia; las luces, a millares, que destacan el contraste entre las aristocráticas villas galas y nuestros caseríos desperdigados, elementos fueron todos que perturbaron nuestro sueño durante aquella noche, sabor de victoria suda y presagio de nuevas catástrofes.



III

Nuevo eslabón. - Un poco de arte e histo-
ria. - Despecho infernal - Behobia e Irún. -
Hacia Lezo. - En la reserva: San Sebastián.



IS Requetés tampoco han descansado, si descanso llamamos al sueño reparador de la noche. Durante las breves horas de ella a rojos y franceses han dirigido toda clase de canciones, antiguas y modernas, copiadas y originales. A pesar de esta ininterrumpida actividad, el día los ha encontrado plétóricos de optimismo. Entre ellos, que se consideran ya veteranos, se habla ya de la operación; Irún-Fuenterrabía. Con un mes de campaña hay quien se cree capacitado para planear la operación: otro esboza en cuatro rasgos la dirección a seguir; quién fija, con seguridad arrogante, la hora señalada para la entrada en Irún. Es el día 3 de Septiembre.

La carretera de San Sebastián a Irún es un escape continuado de todos los gases deletéreos, que en esta parte de la zona roja se hallaban: camiones, automóviles y toda clase de vehículos congestionan esa vía de comunicación. La operación se reanuda a las diez de la mañana, describiendo en principio una acción envolvente sobre la trágica ciudad de Irún. Después de conquistados los montes de Uriarte y Muruzábal que cortan y dominan las comunicaciones de la urbe sitiada, fuerzas de la Legión ocupan los arrabales al sur de la población y siguiendo en dirección sur-oeste, cortan la carretera

antes mencionada,—de San Sebastián a Irún—única comunicación de que disponían los rojos para enlazarse con la retaguardia. Los rojos que preven y temen una operación de conjunto, dirigen sus baterías contra los Requetés, desde la playa y fuerte de Fuenterrabía: no logran hacernos bajas, pues tomamos las precauciones ordenadas por el Mando y nos refugiamos en las mismas fortificaciones que los rojos, como inexpugnables habían construído.

MIENTRAS los legionarios rodean la ciudad y llegan hasta el grupo de casas baratas, nosotros dejamos pasar los plácidos momentos de la mañana alegre ocupados en la humanitaria labor de enterrar a los muertos, cuyos cadáveres ayer abandonaron los rojos. Después visito la Ermita de San Marcial, aquella misma que en años lejanos mandara erigir Don Beltrán de la Cueva, gran Capitán y Gobernador de la ciudad de Irún, para conmemorar la victoria obtenida por las huestes guipuzcoanas el día 30 de Junio del año 1522 en lucha contra las tropas aguerridas del Emperador Francisco I de Francia, que pretendía conquistar Guipúzcoa.

En la Ermita se conservan las huellas dactilares del vandalismo soviético. El saqueo y el pillaje de que ha sido objeto, corren parejas con la suciedad y desorden que todo lo circunda y anega: en tal anarquía, es muy difícil catalogar con precisión los objetos, que gracias a Dios, todavía se conservan en la Iglesia. El retablo del altar, de artística manufactura, inaugurado el año 1912 con ocasión del Centenario de la batalla librada en ese mismo lugar para repeler a los intrusos de allende el Bidasoa, yace deshecho en mil astillas, algunas todavía humeantes y otras convertidas en carbón y ceniza, agitada ésta en torbellino macabro por el aire que a borbotones se cuele por las horadaciones, que los obuses han producido en las paredes de la Capilla.

Si para conmemorar aquella batalla, de la que Wellington

dijo en una proclama que publicó para enaltecerla, que era «una gloria que no tiene compañera en los anales de la historia», se construyó este altar, ¿qué habrá necesidad de erigir y dedicar, para dejar a la posteridad un recuerdo imperecedero de la hazaña realizada el día 2 de Septiembre por las tropas españolas del General Mola?, pensaba yo, cuando medía con pasos lentos la reducida dimensión de la Ermita semi-destruída.

De la pena capital ni siquiera las imágenes se han librado. Allí estaba el cuerpo de San Marcial depuesto de su trono y su cabeza en el suelo, confundida entre papeles y desperdicios residuales de las orgías con que los rojos celebraran este real sacrilegio. El armonium, no como el arpa polvorienta del poeta que arrinconada espera la mano blanca que sepa pulsarla, sino mudo de dolor, maltrecho y desarticulado, lloraba en medio de la Iglesia la compañía de un viejo saxófono y aguantaba en su atril el peso liviano de unas partituras musicales de cabaret.

ANTES de transcurrir dos horas de iniciada la operación, los objetivos señalados estaban suficientemente cubiertos; sin embargo, la artillería roja prolongaba sus bombardeos, aunque intermitentemente. Cuando el sol corría veloz en su corcel de dorados cabellos hacia el cénit, una explosión gigantesca atronó el espacio: a ella siguieron otras muchas, casi simultáneas y al instante, desde San Marcial, pude observar cómo el hermoso Convento de San Luis quedaba envuelto en polvo y humo y alejados éstos por el aire, dejaban paso a un fuego devorador, que parecía ejercer su influencia física a través de la distancia y de los cuerpos opacos, pues brotaron llamas sucesivamente en la fábrica de cerillas, estación del Norte, junto al Puente Internacional, Paseo de Colón, Iglesia Residencia de los Padres Pasionistas y en muchos otros edificios a todo lo largo y ancho de la ciudad mártir. Todo estaba sistemáticamente prepara-

do: en las horas calurosas de la prima tarde, cuando los ojos se cierran y el cuerpo busca la sombra de los árboles, periódicamente se realizaban las explosiones, las nubes de polvo, las llamaradas trágicas. En la destrucción de Sodoma y Gomorra muy pocas personas se salvaron: en este incendio de Irún todo lo contrario: el cancel fronterizo de la Francia era estrecho para dar cabida a la muchedumbre, que huía de la hecatombe y destrucción soviéticas de sus viviendas, y la galantería proverbial francesa, se veía y deseaba para sonreír a la multitud de damas, que, con el rostro desencajado por el cuadro visto, los ojos desorbitados y la palidez de un cadáver en sus mejillas, pedían asilo a la democracia francesa.

Los soldados españoles llegaban a los últimos objetivos del día, cuando la sombra, señora siempre de los valles, se adueñaba también de las altas montañas: cuando la brisa marina ponía en los rostros una sensación de frío, que invitaba a cerrarse la pechera abierta de la camisa y a prever el abrigo para la noche: y cuando las nubes nacidas de la incendiada ciudad de Irún se hacían más densas y fúnebres, sin la escrutadora transparencia del sol y el contraste luminoso del cielo azul.

En la noche rezamos, como todos los días, el Santo Rosario. Yo, sobre un pequeño altozano y mis Requetés del Montejurra, arrodillados en las trincheras que ellos no habían construido: con el corazón puesto en Dios y en la Santísima Virgen y la mirada, incierta como de orates, fija en el cuadro dantesco que la furia roja quería ofrecer a los soldados de España. Con una «Salve», cantada a coro por mis quinientos Requetés, terminamos este acto de reparación y desagravio al Dios de los Ejércitos.

Después, y antes de entregarme al improbable sueño, recorrí las avanzadillas y todos los Requetés no podían ocultar su santa indignación, por la catástrofe que, desde San Marcial, estábamos presenciando, y de la cual era víctima una ciudad española.

Los últimos ecos de la «Salve Regina» quedaron prendidos como invocaciones perennes en la noche lúgubre que impertérrita avanzaba: el silencio más tético invadiólo todo. Mas no era una

noche como las acostumbradas: las llamaradas brotaban de todos los extremos de la ciudad y sus lenguas puntiagudas de fuego se dirigían hasta el cielo, como pretendiendo opacar con su brillo infernal el esplendor de las estrellas y enturbiar con su negro humo la sutileza del firmamento. El silencio veíase turbado en su nostálgica pereza por las explosiones, cada vez más distanciadas; por el chisporroteo, nerviosillo y aterrador, y por el derrumbe de bóvedas, muros, pisos y tejados.

El aire arrastraba hacia nosotros el calor de aquel horno encendido, y con él, las chispas ligeras, las cenizas humeantes y los papeles calcinados. ¡Cuántas veces en aquella noche, quise apartar mi vista de aquella escena aterrador y como el sediento Tántalo, veíame forzado, en aras de la indignación y compasión, a clavar mis ojos en aquella mártir ciudad!

EL día cuatro de septiembre, subjetivamente considerado, es, a mi juicio, la figura psicológica del espíritu humano: alegre muchas veces, pero triste siempre en medio de su gozo. El sol vistióse de las galas más insultantes de su palacio y llenó el mundo de la alegría que nace de la luz, del calor, de la vida; pero una tristeza, negruzca y pegajosa, anulaba esa alegría del sol. Quien haya visto las regiones metalúrgicas podrá darse idea exacta de esa alegría y tristeza simultáneas que pesaban sobre el día que amanecía.

Las tropas españolas inician su marcha llevando a cabo una rectificación, en virtud de la cual nos aproximamos a pocos metros de la ciudad ardiente y dejamos conquistado para España el importante pueblo de Behobia. Para conquistarlo ha habido necesidad de vencer alguna resistencia del enemigo, especialmente por la 4.^a Compañía de Montejurra, que bajo el mando de su Capitán Lacalle ha entrado al asalto con cuchillos, por no disponer de bayonetas. La

oposición del enemigo es explicable, pues tienen que escalonar su fuga para evitar categoría extrema a su desastre bélico.

Dos Compañías del Tercio, la segunda y la cuarta, son las encargadas de custodiar el Puente Internacional: la comunicación de la España soviética con la democrática Francia queda cortada para siempre con este sencillo episodio, tan fácil para narrado, tan difícil para ejecutado. La tarde transcurre monótona y su ritmo se hace lentísimo ante el ansia que sufrimos por entrar en Irún. El ambiente se ha enrarecido con las emanaciones de la ciudad fronteriza. Esperamos todos la orden de entrar en ella, con el deseo de que a nuestro paso por las calles negruzcas el incendio se extinga, las explosiones se suspendan y los derrumbes cesen para siempre.

Mas la deseada orden se aplaza hasta el día siguiente. La norma de este día puede caracterizarse muy bien, diciendo, que es la «precaución». La ocupación de la ciudad se ha fijado por el Alto Mando para el día 5 de Septiembre.

Los carros de combate, primitivos y rudimentarios, aceleran sus motores para cargar sus dinamos: lentamente y en acecho de cualquier emboscada, penetran en la ciudad de Irún en servicio de reconocimiento: recorren las calles y transmiten el parte «sin novedad» al Jefe de la columna. Inmediatamente se procede por la Infantería a la ocupación material de la ciudad. Entramos: la impresión no puede ser más desconsoladora. Las calles se encuentran desiertas; ni un ser viviente se lanza a los balcones para exteriorizar su entusiasmo, para extender en su ventana el símbolo blanco de la paz o para juntar sus manos en un aplauso incipiente, que la emoción muchas veces no deja terminar.

¡Ni un alma! Algún gato tímido que huye al sentir las pisadas sonoras de los Requetés; algún perro, que con las orejas gachas, nos mira atónito y husmea el aire, pretendiendo conocer a su amo fugitivo o sacrificado... Nadie. Las casas, conventos e Iglesias, exhibiendo vergonzosos el esqueleto de su antiguo ser y majestad; las ventanas cuadradas, convertidas en óvalos que más parecen cuencas vacías de un rostro descarnado; las vigas, que aún mantienen su pos-

tura, carcomidas poco a poco por el fuego lento de la inextinguible brasa, como la cara mordida por el cáncer.

Y en el suelo hierros retorcidos, camas deshechas, troncos de madera humeantes, papeles a medio quemar, montones de piedra, ceniza, y objetos incombustibles... Mis Requetés avanzaban en silencio: el momento impresionaba a los más fuertes: el gozo de la conquista quedaba anegado en un mar de santa indignación.

Los rojos huyen y ellos también en un instante de desesperación, nos persiguen. Desde las inmediaciones de Fuenterrabía nos hacen fuego intenso de ametralladoras: nuestro heroico Coronel Beorlegui es herido en una pierna y le sustituye en el mando de la columna el Teniente Coronel Los Arcos.

Por la tarde otras fuerzas ocupan Fuenterrabía, a cuatro kilómetros de Irún, sin resistencia digna de mención. El Tercio de Montejurra guarnece y a la vez descansa en Irún. A ella van llegando poco a poco gentes atemorizadas que no pueden hablar, sobrecogidas de espanto y de terror: buscan sus habitaciones y las encuentran destruidas, desean a sus familiares y éstos han desaparecido.

En el cuaderno de mis notas consigné muchos detalles que en lo sucesivo pudieran reproducirme las escenas vividas en aquel día 6 del mes de Septiembre: pero ahora, al querer revivir en mi imaginación aquellos cuadros verdaderamente infernales, he encontrado en mi alma rescoldos de la emoción entonces sentida, pero no he hallado en mi pluma palabras capaces de reflejar fielmente la realidad dolorosa de aquel incendio soviético, ni la profundísima sensación que yo y todos mis Requetés sentimos en aquella ocasión.

La única Iglesia, que impertérrita desafió las iras diabólicas de los rojo-separatistas, fué la Parroquia de Irún: a ella nos acogimos el día 6 para celebrar, yo la Santa Misa, y mis Requetés oirla devotamente en acción de gracias a Dios por la protección que, como Señor de los Ejércitos, dispensaba uno y otro día a las fuerzas de la verdadera España. Descansamos todo el día: los «Montejurranos» recorren las calles de Irún añorando en sus cantos el pueblo lejano, la madre orante y la novia querida: en grupos y abrazados entonan

himnos y cantos guerreros y con su optimismo no pueden menos de crear una sonrisa de nueva vida en los rostros macilentos de los pocos iruneses que han regresado.

DESDE ayer se nota en la atmósfera una tendencia a la baja: hoy, día siete, se ha agudizado esa inclinación y con leve viento pasan las nubes, bajas, rozando los picachos y refrescando con su humedad los verdes prados: de cuando en cuando el clásico «sirimiri» humedece también nuestra aristocrática indumentaria.

Para las diez de la mañana estamos preparados para la marcha: el morral a un costado, el fusil a la espalda, la manta terciada en rollo. Es decir, como el caracol, con la casa auestas. Salimos por la carretera de San Sebastián: ancha, bien cuidada, negra por el rozamiento de tantas llantas. La marcha se desliza en el ambiente acostumbrado de algazara, cantos, chistes y optimismo contagioso. Dejamos a un lado la carretera secundaria que va hacia Oyarzun; a dos kilómetros atravesamos el paso a nivel protegido del tren del Norte y damos un paso más, para detenernos a dos kilómetros del pintoresco y conocido pueblecillo de Lezo. Mis Requetés no han tenido necesidad de abrir sus cartucheras para cargar el fusil. Nuestra detención ha sido motivada por el corte de la carretera, efectuado violentamente por los rojos, que a su vez han dispuesto ametralladoras para impedir nuestra fácil progresión.

Por nuestra derecha avanza también con relativa facilidad, descontadas las dificultades del terreno, el glorioso Tercio de María de las Nieves: éste ocupa casi por completo el monte Jaizkibel. La unión de las fuerzas que avanzan es admirable, y sólo comprensible dada la perfección táctica de nuestro Mando: nosotros hacemos contacto por la izquierda con las fuerzas que hasta ahora han defendido Oyarzun, quedando así constituido un frente sólido, eslabón estu-
pendo de operaciones futuras. Inmediatamente se monta un servicio

de vigilancia y se atrincheran las secciones de vanguardia, previniendo de este modo cualquier sorpresa del enemigo cercano.

La lluvia, testaruda y molesta, no ha dejado de caer durante toda la tarde; menos mal que todos aquellos que estábamos libres de servicio pudimos acogernos bajo el techo protector de los caseríos cercanos: la hidalguía me obliga a hacer constar que en ellos nos trataron con cristiana hospitalidad y vascongada franqueza.

Las acciones militares de Picoketa y San Marcial fueron agotadoras para el Tercio de Montejurra que necesita una inyección de sangre nueva y pujante. Durante seis días permanecemos en las posiciones indicadas; tiempo que se dedica al descanso y a la reorganización del Tercio. Durante ellos las operaciones no son interrumpidas, sino que prosiguen con ímpetu arrollador por el sector de Tolosa, que queda en la retaguardia con la conquista de las líneas próximas a Lasarte. Mientras tanto, la artillería pesada del fuerte de San Marcos castiga algunas veces nuestra posición: no causa bajas en los Requetés.

EN las operaciones que por nuestro sector se reanudan el día 12, quedamos en reserva sobre nuestras posiciones: a nuestro flanco izquierdo se derrumban los baluartes rojos de San Marcos y Choritoquieta, quedando por lo tanto San Sebastián a merced de nuestra artillería. En este día los rojos intentan herir el punto central de este frente, atacando nuestra posición durante la noche: mas el contraataque es tan flojo y deslabazado, que es desbaratado en flor por nuestros vigilantes Requetés y los enemigos véense precisados a abandonar muertos y material, que a la luz del día siguiente, ahuyentadora de las sorpresas, recogemos y clasificamos.

El enemigo se halla sumido en la más inexplicable inactividad: mientras las fuerzas de España les acosan por todas partes, ellos se dejan dominar por la pereza y nos dejan tranquilos sestear y dormir.

en nuestras transitorias posiciones: mas su falta de arrestos queda explicada, cuando en la madrugada del día 13 observamos con alegría y explosivo entusiasmo, que las trincheras enemigas han sido abandonadas. Sin obstáculos que impidan nuestro avance, el ansia de los Requetés se desborda y su fervor patriótico se desflora en plegarias y cantos durante la Santa Misa, que después de ese hallazgo celebramos y oímos en pleno campo.

Concluida la Santa Misa, los Requetés que vivaqueaban esparcidos en espera de la ansiada orden de avance, dánse cuenta de que a lo lejos viene hacia nosotros por la carretera un compacto grupo de personas. Se notifica la novedad al Capitán de la 3.^a Compañía, Don Silvio Alonso, quien con sus gemelos de campaña se pone en atenta observación. Cuando la distancia que nos separa disminuye, vemos perfectamente las banderas blancas que ondean los que vienen y la silueta, negra y capitana, de un sacerdote que precede y dirige a todos.

Constituyen el grupo, hombres, mujeres y niños, vecinos todos del pueblo de Lezo, que capitaneados por su venerable Párroco desean comunicarnos la fuga vergonzosa de los rojo-separatistas y sus deseos de que cuanto antes entremos en su pueblo. Los del Montejurra que al divisar lejana la caravana habían tomado las precauciones elementales contra cualquier posible sorpresa, escuchan en silencio el diálogo que se desarrolla entre el Párroco de Lezo y el Capitán: aquél da cuantas noticias posee sobre la huída de los rojos y éste promete que entrarán prontamente en Lezo, es decir, cuando el Mando de la columna lo ordene.

Durante todo el día hemos estado recibiendo noticias favorables del avance incontenible de nuestras fuerzas. Descansando en la reserva, la liberación de San Sebastián ha sido novedad explosiva que ha llenado de entusiasmo a todos los pertenecientes al Tercio de Montejurra. Los rojos huyen, nos dicen en varias ocasiones, y todo el frente queda libre de todo riesgo para siempre: y el mismo San Sebastián, apenas conquistado, queda ya en el riñón de la retaguardia.

Aceptamos la galante invitación de los vecinos de Lezo y en

esta población pernoctamos en compañía del Tercio de Doña María de las Nieves. Los habitantes y el mismo Párroco, acostumbrado a recibir en su Santuario del Santo Cristo a los más fervorosos católicos del Norte de España, no salen de su estupor al comprobar la religiosidad,—orgullo y prez—, de mis Requetés. Mil ochocientos Requetés se acercaron a recibir el Sacramento de la Penitencia con el fin de comulgar en la mañana siguiente, día 14, fecha en la que se conmemora por la Iglesia la Exaltación de la Santa Cruz.

Rentería, San Sebastián, Pasajes, son los lugares que en este día son visitados por los Requetés del Montejurra y de doña María de las Nieves en plan de turismo ingenuo: muchos de ellos jamás habían visto una ciudad tan populosa, tan diferente del Pueyo, Berbinzana, Peralta, etc.. Los que por conocer San Sebastián o por mor del servicio quedamos en Lezo, recibíamos con admiración y exaltación las noticias triunfales que se nos transmitían por el Mando: las columnas que operaban por el sector de Tolosa han arrollado toda la resistencia del enemigo y con ímpetu invencible han ocupado militarmente todos los pueblos de la costa del Cantábrico hasta la hermosísima Villa de Zarauz.

